

La contrarrevolución en su último aliento

León Trotsky
27 de marzo de 1919

(Versión al castellano de Vicent Blat desde “The Counter-Revolution at Its Last Gasp”, en León Trotsky, *The Military Writings, Volume 3, The Year 1920*, subtitulada *How the Revolution Armed*, en formato pdf sin numeración; también para las notas. [Trotsky Internet Archive](https://www.trotskyinternet.com/leontrotskyarchive/) (descargado el 1 de abril de 2024). 27 de marzo ¿1919?, Kazán.)

Durante las recientes revueltas de los kulaks en la zona del Volga, los dirigentes lanzaron el eslogan: “¡Abajo los comunistas, viva el poder soviético!”.

¿Qué significa esto?

Significa que la contrarrevolución ha perdido la fe en sí misma. Los conspiradores contrarrevolucionarios quieren restaurar la monarquía, reponer al zar en su trono, traer de vuelta a los terratenientes. Pero no se atreven a decirlo abiertamente, pues saben que incluso los campesinos ignorantes los expulsarían con garrotes y horcas si vinieran con tales consignas. Los contrarrevolucionarios empezaron hace tiempo a ocultar sus verdaderos deseos tras palabras seductoras y consignas atractivas. Todos los monárquicos juraron, durante sus revueltas, por la consigna de la Asamblea Constituyente. Pero hoy en día esta consigna también ha quedado definitivamente desfasada. A partir de la experiencia de Denikin y Kolchak todo el mundo se ha convencido de que la Asamblea Constituyente no sirve más que de máscara temporal para los partidarios del orden noble y monárquico. Ya es imposible atrapar ni siquiera a los campesinos atrasados con la consigna de la Asamblea Constituyente. No sólo el proletario, no sólo el jornalero de aldea, no sólo el campesino pobre sin tierra, sino también el campesino medio trabajador sabe ahora, pues se lo ha enseñado la experiencia, que sólo el poder soviético se esfuerza sincera y honestamente en asegurar los intereses de las masas trabajadoras. En consecuencia, los campesinos apoyan firmemente al poder soviético, incluso aquellos que están descontentos, con razón o sin ella, con la actuación de las autoridades locales. Los conspiradores contrarrevolucionarios están obligados a tener en cuenta este hecho, a imitar este punto de vista y a inscribir en su bandera: “Viva el poder soviético”.

Hace cincuenta años, cuando el movimiento revolucionario apenas comenzaba en Rusia, los revolucionarios no eran más que un diminuto puñado en este inmenso país. El campesinado seguía creyendo firmemente en la monarquía y reaccionaba con horror a las prédicas de los revolucionarios. Hubo casos en que los revolucionarios recurrieron a publicar manifiestos en nombre del zar. Era, por supuesto, un paso equivocado, y pronto fue condenado por el partido revolucionario; pero el hecho de que los revolucionarios apelaran al campesinado supuestamente en nombre del zar muestra lo fuertes que eran, en aquellos días, los prejuicios monárquicos entre las masas campesinas.

La revolución no ha dejado rastro de estos prejuicios. En lugar de creer en la monarquía, en el zar, la burguesía intentó infundir la creencia en una Asamblea Constituyente por encima de las clases. En los primeros meses que siguieron a la supresión de la Asamblea Constituyente, los campesinos respondieron a esta consigna. Experimentando todo tipo de adversidades y penurias en un país agotado por la guerra, por los gobiernos zaristas y burgueses, los campesinos mordían a veces el anzuelo y estaban dispuestos a creer que la Asamblea Constituyente podría aliviar su situación. Pero la vida no ha dejado piedra sobre piedra de estos prejuicios. Y así, ahora, los enemigos jurados de la clase obrera y del campesinado trabajador se han visto obligados a pintarse de nuevo con el disfraz de partidarios del poder soviético. La bandera de la Asamblea Constituyente ha sido desechada por los kulaks y los contrarrevolucionarios como un trapo inútil. Al pie de sus llamamientos encontramos firmas al estilo soviético, jefe militar fulano de tal, comisario militar fulano de tal. La contrarrevolución ha abandonado sus últimas posiciones ideológicas y se ve obligada a posicionarse (hipócritamente, por supuesto) en el terreno del poder soviético. Actuando así, la contrarrevolución firma su

propia sentencia de muerte, porque atestigua, con sus propias firmas, que no hay otra salida, no hay otra salvación para el pueblo que el poder soviético.

Es cierto que la contrarrevolución todavía tiene la posibilidad de agitar aprovechando los errores, equivocaciones e incluso crímenes cometidos por los agentes del poder soviético. Pero el propio poder soviético quiere librar una lucha contra ellos, y la librará con energía incesante. Para que el aparato del poder soviético pueda perfeccionarse, es necesario depurarlo internamente, y para ello lo que se necesita ante todo es que se establezca una estricta distinción entre la burguesía rural, los kulaks y el campesinado medio trabajador.

Todo el personal ejecutivo de los sóviets a nivel de aldea, *uyezd*, *volost* y provincia deben dar prioridad a su tarea de asociarse estrechamente en el trabajo conjunto con los campesinos medios, expulsando al mismo tiempo a los kulaks de la esfera de protección de las leyes soviéticas y del poder soviético.

Los kulaks no pueden ingresar en el Ejército Rojo. Los kulaks no deben recibir entrenamiento militar. Vigilar, de la manera más estricta posible, que, además de obreros, sólo sean movilizados campesinos trabajadores honrados.

Los kulaks, junto con los hijos de la burguesía, *deben ser enviados a las levas de retaguardia*: que hagan el trabajo manual más duro, en interés del ejército y de la defensa de la tierra soviética.

Los kulaks deben ser expulsados sin piedad de los sóviets.

En caso de revuelta, o de daños a las vías férreas y puentes, los kulaks de los *volosts* más cercanos serán exterminados sin piedad.

En lo que concierne a los engañados campesinos medios trabajadores, debemos proceder más por medio de la palabra, de la persuasión, explicándoles que su salvación está en la lucha despiadada contra los kulaks y en la estrecha colaboración con la clase obrera.

Como la serpiente de la fábula, el kulak ha cambiado de piel, ahora jura por el poder soviético y cree que los campesinos trabajadores no lo reconocen. Pero el astuto campesino respondió a la serpiente que había cambiado de piel: “Aunque ahora tengas una piel nueva, tu corazón sigue siendo el mismo”, y mató a golpes a su vecino.

Así es como actuará el campesino trabajador, junto con la clase obrera, frente al kulak contrarrevolucionario. Se ha pintado de rojo, se hace pasar por partidario del poder soviético, pero no tendremos piedad de él.

Obreros y campesinos, ha llegado la hora de matar a golpes al kulak contrarrevolucionario¹.

Edicions Internacionals Sedov

Serie: Trotsky inédito en internet y en castellano

Edicions internacionals Sedov



germinal_1917@yahoo.es

¹ En este artículo, Trotsky se basa en la fábula de Krylov “El campesino y la serpiente”. La serpiente entra sigilosamente en la casa de un campesino al que se dirige como “vecino”, diciendo que ha “cambiado absolutamente”, como puede verse por su nueva piel, de modo que ya no hay que temerle. Sin embargo, el campesino responde que, aunque la serpiente tenga una nueva piel, su corazón sigue siendo el mismo, y entonces la mata.